

BREVE HISTORIA del...

# SALVAJE OESTE

## PISTOLEROS Y FORAJIDOS

Gregorio Doval



Billy el niño, Jesse James, los Dalton, Wyatt Earp, Doc Holliday, Buffalo Bill, todos los personajes, las historias, los tiroteos, los duelos y escaramuzas de aquellos hombres que forjaron su leyenda con el revólver en la mano.

La verdadera historia de los héroes que vivieron y murieron en una etapa de la historia de Estados Unidos en la que la ley se aplicaba con la misma herramienta que el crimen: una bala.

Son muchos los mitos y las leyendas que circulan sobre los pistoleros, los *sheriffs* y los *cowboys* que vivieron el capítulo más convulso de la historia de los Estados Unidos, pero son pocos los datos verídicos que nos han llegado. *Breve Historia del Salvaje Oeste. Pistoleros y forajidos* intenta detallar la vida de personajes que son ya parte del imaginario popular como: Wyatt Earp, Billy el Niño, Pat Garret o Buffalo Bill. El libro desmonta la imagen romántica del Salvaje Oeste, la de héroes enfrentándose a villanos en duelos al atardecer, y nos descubre una historia de asesinatos por la espalda, de emboscadas traicioneras y de cazadores de hombres.

La Guerra de Secesión deja a un gran número de veteranos sudistas sin paga y sin perspectivas y viviendo en una nación cuyo gobierno consideraban ilegítimo. En este contexto la ambigüedad moral y la cultura de las armas son las notas dominantes. Además de presentarnos los personajes más relevantes del Salvaje Oeste, Gregorio Doval los contextualiza y los divide en pistoleros, forajidos, *sheriffs*, tahúres, mujeres del oeste, jueces y cazarrecompensas. Además, para dar una imagen total de la época, el libro está repleto de imágenes mediante las que podemos comprobar cómo eran en realidad esos personajes.

## 1 - EL NACIMIENTO DEL SALVAJE OESTE

—¿No va a usar la historia, señor Scott?

—No, señor; esto es el Oeste: si la leyenda se convierte en un hecho,  
publica la leyenda.

*El hombre que mató a Liberty Valance*, John Ford (1962).

La Fiebre del Oro que sacudió California a partir de 1848 llevó a la costa del Pacífico a una inmensa riada de personas honradas que querían labrarse un futuro en las minas, pero también a una variada caterva de aventureros, malhechores, asesinos, desaprensivos, matones, pistoleros, cuatros, timadores, rufianes, buscavidas y ladrones que querían vivir y medrar a costa de ellos. Pronto, estas nutridas filas de forajidos se incrementaron aún más con algunos de los que fracasaron en las minas y eligieron la delincuencia como medio de vida.

Las cosas serían igualmente caóticas en el Sudoeste ganadero y, especialmente, en el Texas de posguerra. La renovación de muchos funcionarios locales, que habían sido fieles a la Confederación, y la imposición de la ley militar generaron un gran resentimiento y muchos pensaron en resarcirse tomándose la justicia por sus propias manos. Por entonces, aquellos territorios aún no organizados se constituyeron en el mejor asilo de todos los que huían de la ley y en el mejor vivero de los que, más que huir de ella, prefe-

rían vivir a sus márgenes e, incluso, contravenirla y subvertirla consciente y voluntariamente.

La abundancia de forajidos en aquellos territorios fronterizos era consecuencia y, a la vez, revelaba la casi inexistente presencia de estructura estatal alguna en esa etapa inicial del avance hacia el Oeste de la joven y heterogénea sociedad estadounidense. De momento, salvo la tímida y escasa presencia militar, la conquista parecía ser una empresa privada, con limitadas injerencias del poder público. Tal modelo se reflejaba también en un individualismo exacerbado y en la extrema permeabilidad de una sociedad muy flexible, en la cual el ascenso social estaba al alcance de cualquiera, a partir de un inesperado golpe de suerte o de audacia o, por qué no, de un disparo a tiempo.

Cuando, como aconteció en la conquista y colonización del Oeste, en un periodo de poco más de un cuarto de siglo se pueblan extensiones tan vastas como Kansas, Nevada, Colorado, Montana y, poco más tarde, Idaho y Wyoming de una manera espontánea, por iniciativa individual de unos colonos o de unos buscadores de oro, era fácil colegir que las comunidades que invadieron estos territorios se organizarían sin el apoyo del Estado representado por la policía y la justicia que garantizaran la vida y la propiedad. La manifestación aguda de esta carencia de poder coercitivo se dio en las ciudades de frontera, pero la ausencia de ley y orden abarcaba a la totalidad de los territorios, desde las granjas aisladas a las pequeñas comunidades, desde las estancias ganaderas hasta los campamentos mineros.

Esta situación, obviamente, era muy favorable para que la delincuencia floreciese en tierras que se habían convertido en el paraíso de la impunidad para ladrones, atracadores y asesinos. Desde el común robo de ganado al del oro que transportaban los mineros y al asesinato con móviles lucrativos o de competencia feroz, toda una extensa gama de delitos se extendió por estos territorios en fragua de un

modelo propio de convivencia, de momento débil e inestablemente fundado en el registro de la propiedad.

En último término, la desordenada y violenta ocupación del territorio delineó unos confusos límites entre la ley y la voluntad individual, entre el orden y la anarquía, que fraguaron en un código moral ambiguo que hizo posible que muchas personas situadas momentáneamente más allá de la ley y viceversa, desarrollando incluso en ocasiones tan antitéticas actividades de modo simultáneo.

Mientras tanto, la generalización de la posesión y uso de armas por civiles exacerbó la innata tendencia a la violencia que caracteriza a toda sociedad de frontera. Así, en las nuevas tierras del Oeste se fue conformando una amalgama de gente autoconfiada, pero también ingenua; ignorante, pero audaz y creativa; generosa, pero egoísta y terca; honrada, pero indulgente; amante del humor campechano, pero con malas pulgas para aguantarlo en primera persona; violenta y misántropa, pero hospitalaria...; en una palabra, contradictoria. Esas fueron las fibras con que se formó el Oeste: personas sometidas a un nuevo código moral indeciso y adaptado, a un código ético en formación y aún algo indefinido.

En las ciudades de frontera, el clima proclive a la búsqueda y la consecución del dinero fácil, a la corrupción y al delito, a la arbitrariedad y las represalias, creó el caldo de cultivo óptimo para la aparición de figuras tan paradójicamente legendarias como Billy el Niño, John Wesley Hardin, los hermanos James, Dalton o Younger, Sam Bass, Butch Cassidy, Doc Holliday, Pat Garrett, Wyatt Earp o Wild Bill Hickok. Asesinos, pistoleros y delincuentes elevados a la categoría de héroes populares cuyas existencias serían una y otra vez exageradas o tergiversadas a conveniencia de los fabricantes de mitos de turno.

Desde luego, existió un Billy el Niño, pero es muy dudoso que, tal y como asegura la leyenda, matara a 21 hom-

bres, uno por cada año de su corta vida; lo más probable es que, en ningún caso, sus víctimas fueran más de nueve. En todo caso, fuera cual fuese su récord, eso no sería algo digno de alabanza, ni siquiera de asombro, solo de horror y desaprobación.

El concepto de «Salvaje Oeste», en lo geográfico, atañe de una manera imprecisa a la veintena de estados norteamericanos representados en el mapa y, en lo histórico, a los avatares, acontecimientos y estilos de vida de estos variados territorios durante la segunda mitad del siglo XIX.

Excombatientes de la guerra civil ahora sin empleo, inadaptados a la paz, sudistas no resignados a la derrota, huérfanos abandonados a su suerte y entregados al meroqueo y el pillaje, infortunados sin éxito en iniciativa alguna que se dieron cuenta de que en los nacientes Estados Unidos no se perdonaba el fracaso..., todas estas gentes nutrieron las filas de los sin ley, en tiempos en los que las armas circulaban sin control y en que los autores de crímenes y golpes de mano tenían en los grandes espacios recientemente abiertos ancha complicidad para la huida y la ocultación. Así nació lo que se suele conocer como el «Salvaje Oeste».

Este Viejo y Salvaje Oeste fue un mundo (preferentemente de hombres) en el que se podía prosperar si no se dudaba en utilizar una pistola (y, puestos a ello, a hacerlo bien), o bien si se podía contratar a alguien que lo hiciese con eficacia. Pero los pistoleros, que brotaron como setas, no crecieron, sin embargo, por generación espontánea. Eran un producto de cosecha propia, bien abonada por el dinero y la ambición de los barones ganaderos, de los príncipes del comercio o de los duques de la banca.

La mayoría comenzaban siendo contratados como cowboys para atender al ganado, especialmente durante las grandes travesías, y para, de paso, defender los intereses,

no siempre lícitos o confesables, de sus contratistas. De tanto visitar las revueltas y caóticas ciudades ganaderas abiertas al final de sus largos periplos por las sendas ganaderas, muchos se afincaron en ellas y comenzaron a vivir de sus habilidades. Como el lazo y la espuela no tenían mucha utilidad en las ciudades, muchos recurrieron a otra de sus herramientas favoritas: las armas. Y por ahí sí que encontraron trabajo.

Estos jóvenes, la mayor parte semianalfabetos, se hicieron expertos en el manejo del revólver, el rifle y el cuchillo combatiendo a indios y cuatreros, o cazando animales salvajes durante sus tediosos viajes. Por lo demás, sabían poco de la civilización, de sus usos y de sus leyes. Es más, tenían sus propios códigos, entre los que destacaban la camaradería y la lealtad al amigo, pero también el odio y el desprecio por el enemigo y el recurso pronto y decidido a la solución de los conflictos por las bravas. En términos generales, el Salvaje Oeste nunca fue un lugar que destacara por sus dosis de nobleza o altruismo, aunque luego muchos historiadores hayan querido ver atisbos de ello en muchos de sus principales protagonistas, y especialmente en los que, además de pistola, llevaban placa.

Con esos condicionantes, era fácil que muchos de aquellos jóvenes se convirtieran en bandidos o pistoleros, o bien en agentes de la ley que, en muchos casos, tanto daba, y ello sin necesidad de que tuvieran que tomar decisión moral alguna. Para ellos, en realidad, no había gran diferencia. Solo eran *malos chicos* en opinión de aquellos que juzgaban sus actos como crímenes. Para sí mismos, matar o robar no eran actos morales, solo actuaciones normales relacionadas con la supervivencia y, en definitiva, una manera de vivir.

De vivir una vida en la que había que destacar, no estancarse, no ser de los perdedores. Destacar por valentía o por audacia. No ser uno más de la banda, sino, si era posible, ser el jefe. En cualquier caso, proteger y estar protegido

por los colegas y seguirlos y apoyarlos hasta el final. Si había que matar al que se oponía a la banda, pues se le mataba. La única consecuencia para la vida propia era que eso reforzaba los lazos de sangre con el grupo. Por eso, para los forajidos lo normal era asociarse en bandas. Curiosa, pero lógicamente, muchas de estas *hermandades delictivas* estaban formadas por hermanos y otros familiares consanguíneos. Ese fue el caso de los James y los Younger, de los Dalton o los Renos o, entre muchos otros casos, de la banda de Burrow o de Bill Doolin, o, aparentemente en el otro bando, del clan de los Earp, los Masterson o los Thompson.

Si alguna de aquellas cofradías de malhechores era exterminada, diezmada, encarcelada o desbandada, los supervivientes se convertían habitualmente en proscritos desesperados (los famosos *desperados*), para quienes dejaban de existir los límites a medida que se les estrechaba el cerco y se aproximaba su captura o su muerte.

En tales circunstancias, más que afrontar la posibilidad de ser encarcelados, casi todos preferían morir matando o, en caso extremo, quitarse ellos mismos la vida. Suicidas famosos de este tipo fueron forajidos tan aguerridos como Kid Curry, Harry Tracy, Grant Wheeler y, posiblemente, The Sundance Kid y Butch Cassidy. Menos habitual era el suicidio en el batallón de los pistoleros y asesinos a sueldo, personajes que, en gran medida, vivían de su reputación más que de sus actos y que, por regla general, habían perfeccionado sus habilidades justamente para eludir la muerte.

Porque lo más importante para un pistolero era, curiosamente, que los demás supieran que lo era, que le guardaran las distancias por respeto o por miedo, tanto daba. Por eso, aunque la leyenda insista, en el Salvaje Oeste hubo muy pocos duelos a cara descubierta entre dos o más pistoleros. La mayoría prefería los métodos taimados del asesinato por la espalda, la emboscada, la ocultación en un callejón oscuro o detrás de una cortina o un árbol; la mayoría prefería aprovechar los puntos flacos o las debilidades cir-



cunstanciales de sus adversarios, fuera un estado de embriaguez, la relajación en una sala de juegos, que fueran desarmados...



En las ciudades del Salvaje Oeste, los ciudadanos de bien —como siempre, la gran mayoría— habían de convivir con todo tipo de indeseables y, en cualquier momento, tenían que enfrentarse a una situación violenta. En la foto, dos soldados yacen muertos junto a un *saloon* ante la atenta, pero acostumbrada, mirada de dos vecinas.

Desde luego, en términos profesionales, estos eran métodos más *limpios*, más eficaces y más respetuosos con las normas elementales de seguridad en el trabajo. En una entrevista concedida por Wyatt Earp al final de su vida, aseguró que la calma era la principal clave para la supervivencia de un buen pistolero, muy por encima de la velocidad con que desenfundara su pistola. En sus palabras, el experto pistolero «se toma su tiempo y aprieta una sola vez el gatillo». Algo similar apuntó Wild Bill Hickok: «En cuanto comiences una pelea, estate tranquilo y no dispares demasiado deprisa. Tómate tu tiempo. He visto a muchos tipos meter la pata al disparar con prisas». Otro *sheriff* y pistolero famoso, Bat Masterson, añadió un consejo complementario para los aspirantes a pistolero: «Lleva siempre tu pistola lista y preparada, pero nunca la saques a menos que estés en peligro de muerte y que quieras matar». En definitiva, añadió Masterson, «nunca te tires un farol con un revólver en la

mano». Porque, como añadió Frank James, «cuando me meto en una pelea, quiero resultados».

Los agentes de la ley que se enfrentaron a estos fríos y calculadores maníacos de las pistolas eran también individuos especiales, cuando no simplemente los mismos, aunque cambiados de papel; tan valientes ellos en su actitud, como arteros en sus métodos los forajidos. Casi todos habían aprendido el oficio en la adolescencia y muchos eran hijos de pioneros. Es interesante apuntar que, sin embargo, los pistoleros, los llamados entonces «matadores de hombres», en su mayor parte, no fueron huérfanos ni pasaron grandes dificultades en la infancia, mientras que a la mayoría de los forajidos les habían faltado uno o los dos progenitores desde edad muy temprana. El padre de Frank y Jesse James abandonó a su familia para buscar fortuna en la fiebre californiana, lo que supuso que sus hijos hubieran de ser educados en solitario por una madre muy dominante, que los defendería durante toda su vida por más abominables que fueran sus crímenes. También se dio ese mismo caso en los hermanos Dalton.

Se trataba, además, de un amor maternofilial por lo general recíproco. Por eso, cuando unos detectives de la agencia Pinkerton pusieron una bomba en su casa familiar y causaron a su madre la amputación de un brazo, Jesse James viajó hasta Chicago e intentó matar en venganza, aunque sin éxito, a la madre del fundador de la agencia, Allan Pinkerton. Por eso también, antes de perpetrar su fallido y desastroso último golpe de 1892 en la ciudad de Coffeyville, Kansas, los hermanos Dalton hicieron una fugaz visita a la granja familiar solo para poder ver a su madre, tal vez por última vez —como así fue—, a través de una ventana, ocultos en la oscuridad de la noche.

Las armas jugaron (y juegan) un papel importante en el desarrollo histórico y social de los Estados Unidos, y su influjo en la exploración y civilización del Oeste es esencial. Como ocurre en casi todos los procesos de expansión y

conquista histórica y social, las armas se usaban con propósitos prácticos más que como símbolos de poder. El «poder de la pistola» solo asumió un significado más tarde, durante el periodo en el que la *civilización* se impuso sobre la llamada *libertad* de los primeros tiempos.

Coincidió, además, que en este periodo las armas de fuego sufrieron una gran evolución, que, fundamentalmente, las hizo mucho más portátiles, eficaces, asequibles y, sobre todo, mortíferas. Gracias a todos estos avances, el uso de armas como medio de supervivencia llegó a alcanzar en el Oeste un estatus que ninguno de los que las utilizaron se hubiera imaginado de antemano. Para muchos, no fue el espíritu pionero ni el desarrollo de los ferrocarriles, o el progreso de la civilización, lo que dominó al Oeste. Más bien, el Oeste fue «conquistado» por las armas. Por una multitud de armas de fuego, desde las pistolas de un solo disparo y los revólveres colt a los rifles y los winchester de repetición. En toda la historia del Salvaje Oeste, la justicia se administró a punta de pistola, y también la injusticia y la violencia.

El Oeste y sus tierras estaban esperando a ser tomadas, pero no eran lugares para tímidos o débiles. En buena parte, la historia del Salvaje Oeste es la de los hombres que usaban con habilidad y sin escrúpulos las armas de fuego en su búsqueda de libertad, comida, ganancias y protección y que no siempre perseguían hacer el bien. Es hora ya de comenzar a conocer más de cerca a este nutrido y variado grupo humano.

## 2 - LA ESTIRPE DEL PISTOLERO

Matar hombres es mi especialidad. Lo enfoco como una salida profesional y creo que tengo un hueco en ese negocio.

Tom Horn (1860-1903), *cowboy, sheriff, pistolero* y asesino a sueldo.

### Vivir y morir con las botas puestas

El caos que siguió a la Guerra de Secesión (1861-1865) hizo surgir la nueva figura del pistolero, un individuo emocionalmente lisiado y socialmente alienado que, la mayor parte de las veces, empuñó la pistola asesina cuando aún no había llegado a la veintena y se puso a matar hombres con pródiga facilidad, para acabar en casi todos los casos con una muerte precoz causada por una bala o una soga. En muchas ocasiones, los enfrentamientos entre estos pistoleros ensangrentaron la frontera con emboscadas traicioneras y, a menudo, caprichosas, cuando no alevosas. Se cuenta, por poner un ejemplo extremo, el caso de un asesino tejano llamado John King Fisher (1854-1884) que disparó a la cabeza de un hombre con el que no tenía nada que ver simplemente porque quería comprobar si la bala rebotaría o no en la calva del infortunado.

Un pistolero asiduo de los *saloons* de Nuevo México, Colorado y Texas, Clay Allison (1840-1877), al que, al decir de algún coetáneo, el whisky transformaba «en un demonio desatado», merodeaba por los locales ansioso de que al-

quien le diese una excusa con la más ligera de las provocaciones para matarle y desahogarse. El 7 de enero de 1875, Allison mató en Nuevo México a Chunk Colbert, otro pistolero con quien mantenía una vieja enemistad (basada sobre todo en la disputa sobre quién superaba al otro en número de víctimas) y con el que aquella noche estaba cenando. En cierto momento, Colbert sacó la pistola, pero el cañón tropezó con el borde de la mesa y se le cayó. Allison desenfundó la suya y le mató de un disparo en el ojo derecho. Cuando le preguntaron por qué estaba cenando con un hombre que le quería matar y al que él quería pagar con la misma moneda, respondió tranquilo que «porque no me gusta mandar a nadie al infierno con el estómago vacío».

Como la de casi todos sus colegas, la carrera de Allison había comenzado bien pronto. Huérfano de padre desde los cinco años, al estallar la Guerra de Secesión, se alistó en el ejército confederado, del que fue pronto licenciado por los médicos que le hallaron «incapaz de llevar a cabo los deberes de un soldado a causa de un golpe en la cabeza recibido hace muchos años. La excitación emocional o física le producen paroxismos de cambios de carácter, con episodios epilépticos y otros maníacos». Fuera cual fuere la verdadera naturaleza de su enfermedad mental, Allison fue un hombre violento, especialmente cuando estaba bebido, lo que solía ocurrir muy a menudo, y de terrible e intimidadora fama en todo el Oeste. Todos daban por seguro que había matado a muchos hombres, aunque nadie vivo podía aportar detalles de ello. A él dicha fama, cuando estaba sobrio, le molestaba. En cierta ocasión escribió una indignada carta al director de un periódico de Missouri que le había adjudicado 15 asesinatos: «Siempre he intentado utilizar mi influencia para proteger las propiedades y a los hombres de mi condado de los ladrones, forajidos y asesinos, entre los que no se me puede incluir».



El 7 de enero de 1875, el despiadado pistolero Clay Allison (1840-1877) mató en un restaurante de Nuevo México a Chunk Colbert, un colega con quien mantenía una vieja enemistad. Cuando le preguntaron por qué estaba cenando con un hombre que le quería matar y al que él quería pagar con la misma moneda, respondió tranquilamente que «porque no me gusta mandar a nadie al infierno con el estómago vacío».

Allison tuvo un final poco glorioso. En julio de 1887, mientras cargaba un carro de provisiones en Pecos, Texas, un saco de grano se fue al suelo. Mientras él se agachaba a recogerlo, el carro se movió y una de sus ruedas le aplastó el cuello.

Pero Allison no es un caso de falta de escrúpulos aislado. «¡Carpenter, has derramado el whisky!», cuenta la leyenda que dijo aparentando contrariedad el semilegendario matón y pistolero Mike Fink (1770?-1823), tras matar a un compinche así llamado cuando intentaba acertar con un

disparo a un vaso de latón colocado previamente en la cabeza del infortunado.

De hacer caso a la leyenda, el saldo de asesinatos de estos hombres desalmados y muy bien armados sería asombroso. Era tal la sangre fría de algunos de ellos que la gente no sabía ni cómo juzgarlos y, al final, solían optar por mirarles con una especie de pasmado sobrecogimiento, que, al fin y al cabo, era lo que la mayoría de ellos buscaba. En 1877, un joven delincuente acusado de asesinato, de nombre Bill Longley (1851-1878), escribió desde la cárcel estas palabras al *sheriff* que le había apresado: «Bien, no me las voy a dar de haber sido siempre un valiente, pero no he tenido nunca ayuda alguna cuando he querido matar a un hombre. Lo he hecho siempre por mí mismo y siempre solo».

## Retrato robot del pistolero

En la realidad histórica, el pistolero habitó el Salvaje Oeste aproximadamente desde el momento de la fundación de las ciudades ganaderas al acabar la Guerra de Secesión hasta el final de los años ochenta del siglo XIX. Un corto periodo que, sin embargo, dejó honda huella en el imaginario estadounidense y, por derivación, en el mundial. Pocos periodos de la historia han recibido tanta atención de la cultura popular como aquel. Pero también han sido pocos los que han sido sometidos a más tergiversaciones y a más contaminación de la mitología. Numerosos libros y películas narran todo tipo de hechos sucedidos en el Oeste, pero todos están empañados por la bruma de la leyenda y cuesta mucho deslindar lo que tienen de auténtico o de ficticio.

Por ejemplo, la historia de Wild Bill Hickok (1837-1876) ilustra a la perfección el extraño proceso por el que en aquel universo cerrado del Oeste, en el que nada era lo